

FRÉDÉRIC SONNTAG

INTRUSIÓN
sitcom trágico

Personajes

Vincente

Florencia

Tomás

Juana

La jovencita

EPISODIO 1

1.1

Una casa de vacaciones. Interior. La sala principal. Un gran sofá al centro. Algunos muebles, irregulares. Una escalera al fondo lleva hacia los dormitorios. Una puerta por el costado, es de la cocina. Por el otro costado, otra puerta, entreabierta, la que da hacia el exterior.

Afuera, la lluvia cae, un fuerte chubasco. Ellos son cuatro. Cuatro jóvenes individuos. Están calados hasta los huesos. Chorrean. Ellos acaban de llegar, acaban de depositar su equipaje. Su numeroso equipaje; maletas, bolsas, cajas de cartón. Se comprende que ellos van a quedarse un buen tiempo. Quizás no sean unas simples vacaciones. No es exactamente una llegada para unas simples vacaciones.

Acaban de llegar, acaban de depositar su equipaje, observan la sala principal.

Silencio, recuperan el aire, ausencia de comentarios, una cierta duda atraviesa repentinamente su presencia en este lugar, ¿está bien esto que ellos deseaban?

Hablan.

VICENTE

¿Cuántos meses?

FLORENCIA

Dos, tres. No hemos decidido.

TOMÁS

Retirados aquí por dos tres meses.

JUANA

Encerrarse, retirarse, ponerse de vacaciones.

VICENTE

Lo que significa “vacaciones”: estado vacante vacío inimplementado, espera interminable, ectoplasma lamentable, desocupación absoluta. Dios mío qué horror.

TOMÁS

Vacante: estar disponible receptivo abierto, vaciado de cerebros, renovación de pensamientos, ampliación de posibles. Nada que ver.

VICENTE

Completamente perdida en la montaña, esta casa. Una casa familiar, una construcción antigua, a kilómetros de cualquier población. Un hoyo perdido.
¿Cuántos meses dijiste?

JUANA

Dos, tres.

VICENTE

Putá, no, no debo haber pensado cuando dije que sí. Y nada a la redonda, nada a kilómetros.

FLORENCIA

Retirados del mundo dijimos.

JUANA

Los cuatro.

TOMÁS

Amigos.

FLORENCIA

Encerrarse lejos del mundo.

JUANA

Solos.

VICENTE

Por algunos meses.

FLORENCIA

A ver qué pasa.

1.2

Noche.

Vicente, solo, mira por una de las ventanas.

Un tiempo.

Florencia baja las escaleras.

FLORENCIA

No conciliamos el sueño.

VICENTE

Escuché un ruido, creí que alguien se paseaba abajo, bajé a ver, no había nadie.
Sin embargo. Habría jurado.

FLORENCIA

Pero te quedas ahí, no regresas a acostarte tranquilamente a tu pieza, te das vueltas
Como un salvaje en su jaula, siempre una inquietud.
Mi pequeño Vicente.

VICENTE

Mi mejilla se aplasta pacientemente contra mi almohada y no logro cerrar los ojos. No sé qué es, el cambio de aire, el exilio, no logro quedarme dormido, como si...
Pero quizás no tenga nada que ver con este lugar, esta casa.
Quiero decir, quizás sea yo el que no se queda quieto, es así, yo no logro mantenerme tranquilo, dónde sea que esté,
es que no tengo la costumbre de ese tipo de inmovilidad de nervios a practicar.

FLORENCIA

Pero, creo adivinar, Vicente de insomnios, que la contrariedad te anima, que te niegas a confesarnos que,
a pesar de tu apego a cada uno de nosotros, tus amigos, a pesar de este apego sincero y misterioso que es el premio de las amistades verdaderas,
tú realmente no querías venir acá, pequeño Vicente. ¿Me equivoco?

VICENTE

Juana me habló de tomar vacaciones, ese tipo de cosas, ella insistía mucho, partir lejos, tomar distancia, ampliar nuestro horizonte, como dice ella.
De mi parte comprendí que me faltaba tiempo sin hacer nada,
Después de tan largo tiempo consagrado a los estudios, pensé que debía concederme un respiro duradero. Una pausa.
De dónde esta idea, este deseo- este deseo sincero, Florencia-, de encerrarme aquí durante meses con ustedes, mis amigos, tener esta experiencia con ustedes de retirarse un largo tiempo lejos de todo, lejos del mundo. Un retiro.
Pero cuando se trata de pasar una primera noche en esta casa,
es en pijama, incapaz de entregarme al descanso, que me encuentro, se me pasará.
Siempre tuve la necesidad de ocupar mis pensamientos. No hay que dejar nada abandonado. La naturaleza se horroriza ante el vacío.

FLORENCIA

Para mí, esta casa- es curiosa, es nueva- es una especie de cuna, o de caparazón, una protección. Esta casa de infancia, de vacaciones. Un refugio.
Y eso me sorprende que una joven como yo- una joven que sin embargo no se queda en su lugar- haya hecho todo lo posible para pasar varios meses en este capullo, totalmente hecho para aislarse y encerrarse mucho tiempo aquí. No me lo explico.
Me pregunto qué será lo que eso esconde.

VICENTE

Tengo, desde hace mucho tiempo, es chistoso, esta necesidad visceral de la tarea cumplida, cada día debe proporcionarme su cuota de sudor,
No estoy bromeando, es así, soy un necesitado, y no puedo soportar el aburrimiento que nos acecha a la más mínima pereza,
entro en crisis desde que se señala el más mínimo relajo, entro en pánico, entiendes, yo necesito, es una necesidad vital, de entregarme en cuerpo y alma a mi trabajo, algunas veces levanto la cabeza, y veo que todo el mundo sigue girando, y me felicito a mí mismo, muy bien, muy bien, que gire, pero yo, tengo que entregarme en cuerpo y alma, perderme, en mi profusión de actividades, fundirse en una acción, sea ésta sencilla y limitada, tanto mejor incluso,
la mente que vagabundea termina siempre por darme vértigo, y el más mínimo segundo tengo que ocuparlo, es algo físico, y, aquí, precisamente, aquí, esta casa...
Este vacío, aquí y alrededor, este silencio.
Escucha.
(Silencio, ellos escuchan, no se mueven.)
Tiemblo, es idiota, es estúpido,
Tiemblo.

Un tiempo.

FLORENCIA

Así pues, Juana habló de tomarse vacaciones.

VICENTE

Juana y yo nos volvemos, el uno para el otro, abstracciones muy hermosas.
No sé por qué digo esto, perdóname. Amo a Juana, quiero decir, nuestro amor es a veces casi matemático. Somos el uno para el otro con tanta evidencia.

*Él deja de hablar. Permanece perdido en sus pensamientos.
Florencia se pone de pie, se acerca a la ventana y mira hacia fuera.*

1.3

La misma noche.

Florencia se ha quedado dormida en el sofá. Se despierta suavemente, mira a su alrededor.

Luego, Tomás aparece por la parte trasera del sofá gritando.

Florencia se sobresalta, lanza un grito. Tomás se ríe a carcajadas.

FLORENCIA

Es imbécil, dios mío, es imbécil.

Sabes que eres imbécil, lo sabes, dime, que eres imbécil, que eres un niño estúpido, lo sabes eso, que por poco me, me matas de, del susto, que casi me dio un ataque, ahora, ahora, de verdad.

Tomás sigue riendo.

Florencia lo fusila con la mirada, y luego lo deja pasar y observa la habitación a su alrededor.

La risa de Tomás se termina. Queda una sonrisa en el borde de sus labios.

Silencio. Ambos observan la habitación.

FLORENCIA

Estamos.

Estamos aquí.

Yo pensé,

Que estaríamos muy bien aquí para partir de cero, retomar todo desde el principio, Tomás, yo pensé

que necesitábamos una transición para olvidar- estábamos de acuerdo- nuestros antecedentes.

Y recordar al mismo tiempo, es cierto, no volver a cometer los mismos errores, sí, evidentemente, olvidar y recordar, estábamos de acuerdo. La inteligencia de la memoria, Tomás, hacer un buen uso de nuestras ficciones pasadas, lo habíamos hablado.

(Un tiempo.)

No dices nada, te contentas con sonreír, presumes y tu sonrisa al mismo tiempo es una provocación y- lo sé Tomás, te conozco bien, ya no dejas que me tomes el pelo tan fácilmente- una protección.

Dime algo.

(Tomás la mira, se queda en silencio, todavía con la sonrisa en los labios.)

Dime algo o si no te mato. Si no te estrangulo.

(Ella coloca sus manos en el cuello de Tomás.)

Tomás, te estrangulo.

Silencio. Se miran con insistencia.

FLORENCIA

Dime algo.

Si no, no podrás decir nada más, si no me vengaré dándote una muy buena razón para que nunca más tengas algo que decir, es decir que haré de modo que realmente nada pueda salir de tu boca,

Realmente, por la buena y simple razón que estarás muerto, porque yo te habré estrangulado, a sangre fría.

(Un tiempo.)

Y sigues sin hacer ningún comentario, Tomás.

Entonces yo te estrangulo y en la mañana, sorpresa, en la mañana, se encuentra tu cuerpo helado, retorcido en una esquina, sin aliento, sin vida,

y las marcas de mis dedos en tu cuello- no será necesario buscar al culpable muy lejos.

Siguen mirándose con insistencia. Las manos de Florencia siguen en el cuello de Tomás. Ella aprieta suavemente los dedos mientras sonríe.

1.4

La mañana.

Todos los postigos están cerrados, la luz exterior penetra difícilmente a través de las rendijas.

Tomás, de pie, mira atentamente una esquina de la habitación. En esa esquina está, acurrucada, una jovencita.

Ni bella no fea, de una palidez inquietante que contrasta con sus largos cabellos negros, ella no se ve ni amigable ni hostil.

Ella parece, en algunos instantes, extrañada de encontrarse ahí y, en otros momentos, completamente cómoda ahí, incluso segura de su derecho o su necesidad de estar ahí.

Si algo en su vestimenta y los rasgos de su cara le pueden dar un aire extranjero, de una mujer de otro país, de una exiliada, esto no es lo dominante y no debe ser muy marcado.

Ella mira a Tomás pero no mantiene la mirada en él. Ella está en una actitud que podría pasar por una espera, aunque no, ella está ahí absolutamente, sin causa, fin, razón. Ella está ahí. Vicente entra, bajando las escaleras.

VICENTE

¿Hay algún problema?

TOMÁS

Se puede decir así, incluso si es aún demasiado luego para decir si “hay” o “no hay”, digamos sencillamente digamos que es algo eso es todo.

VICENTE

Algo...

TOMÁS

Algo, sí, en fin hay

algo, o más bien

alguien.

Basta con mirar justo ahí, ahí está, mira.

Vicente descubre a la jovencita.

VICENTE

Ah.

TOMÁS

Es lo que yo dije también. Ah.

VICENTE

Tú dijiste. Ah.

TOMÁS

Yo dije. Ah.

VICENTE

Hasta ahí, misma reacción, buena señal.

TOMÁS

En fin dije ah, abrí la boca, así, y salió, así, ah, quizás oh, por lo demás ya no lo recuerdo, oh ah, ah oh, oh ah, ya no sé.

Sea como sea. No se puede decir que dije ah, digamos que abrí la boca así y salió un ah.

VICENTE

Y, si no, para saber, ella...

TOMÁS

¿Ella quién es? ¿De dónde salió?

VICENTE

Por ejemplo.

TOMÁS

Es que precisamente, para no esconderte nada, ahí dónde yo había llegado cuando tú entraste, era, precisamente, ahí, me decía, es tonto me vas a decir, pero, que, finalmente,

acaso es absolutamente necesario responder a ese tipo de preguntas e, incluso, después de todo, acaso es necesario, verdaderamente, hacérselas.

VICENTE

Explicaciones.

TOMÁS

Vas a comprender. Es que la puerta está cerrada, las ventanas también, lo verifiqué todo, así, a primera vista, ningún medio para que ella entrara.

Se puede reflexionar aún más, no sé si realmente vale la pena entre paréntesis, pero haciéndolo rápido, así, no me explico cómo ella puede habárselas ingeniado para llegar ahí.

Y, una cosa más, ni la más mínima, ella no dice nada. No habla. La boca cerrada, pelos en la lengua, sin comentarios.

Entonces, puede ser que, las preguntas, sería mejor tragárselas apenas hechas, cierto, porque para las respuestas, verdaderamente no nos ayudarán.

VICENTE

Primeras contrariedades matinales, líos precoces, un enigma para la jornada, de los que ocuparse, esto nos va a cambiar, vamos a ver.

Tomás se ha acercado a la jovencita.

TOMÁS

Tú hablar qué.

Yo en qué lengua hablar a ti.

Quieres yo tú hablar qué lengua.

(Él saca la lengua.)

Lengua tú hablar en qué lengua hablar

(Ella saca la lengua.)

Sí eso es lengua eso es cuál tú.

Tú cuál es tu lengua.

¿Tú extranjera no entender?

¿No entender *you know*?

¿Hablas inglés?

No entiende nada.

Ella no entiende nada.

Ella es idiota.

VICENTE

Por favor, Tomás, no es un juguete, le puedes hablar normalmente, no creo que sea retrasada mental.

Realmente no hay nada divertido.

TOMÁS

Pero, a mí, personalmente, perdóname, me divierte, a mí me parece divertido, perdóname.

Realmente no veo, como no divertirse, no reírse, realmente.

Florencia baja la escalera.

FLORENCIA

¿A quién le hablan? Los escucho hablar, los escucho gritar, a quién...

(Ella percibe a la jovencita.)

¿Qué broma es ésta?

VICENTE

No es una broma, una jovencita.

TOMÁS

Una jovencita y una broma. Perdóname, no sabemos todavía cómo se las arregló para entrar,

eso es lo divertido.

VICENTE

Y buscamos saber qué viene a hacer a nuestra casa. Pero. Ella no es muy cooperadora.

No muy conversadora.

Inmóvil y...

TOMÁS

...E idiota, idiota.

Ella no ha dicho palabra. Ella no entiende nada.

Ella es idiota.

Juana baja a su vez las escaleras y percibe a la jovencita.

JUANA

¿Quién es?

(Silencio.)

Esta jovencita, ¿quién es? ¿De dónde viene?

Silencio.

TOMÁS

No sabemos.

JUANA

¿No sabemos?

VICENTE

No sabemos nada.

TOMÁS

Nos levantamos, ella estaba ahí.

JUANA

No entiendo.

TOMÁS

Nosotros tampoco.

No se entiende.

FLORENCIA

Nosotros tampoco. Nadie entiende. Lo adoro.

JUANA

¿Paren, ustedes se burlan de mí, ustedes se están burlando de mí, díganme la verdad.

VICENTE

Te estamos diciendo, Juana, no sabemos nada.

JUANA

¿De verdad?

TOMÁS

De verdad, niñita, de verdad.
Nos levantamos, ella estaba ahí.
Ella no dice nada, ella no hace nada.
Ella espera.

(un silencio breve.)

Divertido, ¿no es cierto?

(Otro silencio; todos, miradas fijas en la jovencita.)

En fin, a mí, personalmente, me hace reír.

VICENTE

Me pregunto cómo lo hizo para entrar, me pregunto qué vino a hacer aquí, me pregunto por qué no dice nada, por qué no hace nada.
Hay que encontrar una respuesta a todas estas preguntas.

TOMÁS

Esperemos hasta la tarde,
y veamos que hace,
si se mueve, si habla.
Si ella canta una canción, si cacarea,
si ella nos estrangula a todos el minuto que le quitemos la vista...

VICENTE

Tomás, por favor.

TOMÁS

Qué, estoy bromeando, quizás sea una desequilibrada, una chiflada.

FLORENCIA

Quizás ella termine por explicarnos. La estamos asustando. Ella va a hablar más tarde.
Esperemos un poco.

JUANA

Sí, veamos qué hace ella.

FLORENCIA

Esperemos hasta esta tarde.

EPISODIO 2

2.1

La tarde ha transcurrido. Es el atardecer del mismo día, el primer día del descubrimiento de la joven.

Las dos parejas están en la habitación principal. La jovencita sigue ahí. Ahora está sentada en el suelo al centro de la sala.

Los cuatro jóvenes están alrededor de ella, la miran, hablan de ella.

Ella parece al mismo tiempo estar con ellos y en otro sitio, suficientemente desprendida de la situación como para que parezca que escapa de ese lugar, pero sin embargo extrañamente presente, de hecho hace dudar de su desprendimiento. Ella no los mira, por ejemplo, pero esta ausencia de mirada puesta en ellos refuerza la impresión de un escuchar particularmente atento de su parte. En ciertos momentos, sin embargo, se podría creer que ella comprende muy bien lo que se cuenta, pero al segundo siguiente se debe poder descartar esa certeza, una expresión casi alelada que sucede en seguida a una chispa viva en sus ojos negros.

TOMÁS

La tarde ha transcurrido,
y nada.

VICENTE

Ella no dijo nada. Ella no hizo nada.

JUANA

Nada.

Apenas se movió, y además
sin que uno pudiera deducir nada de ese desplazamiento, sin que significara nada.
Pregunta: ¿qué hay que hacer?

FLORENCIA

Pregunta: ¿hay que hacer algo?

VICENTE: Nada.

Nada en su cara,
que uno pueda descifrar.

TOMÁS

Ella no expresa nada.

JUANA

Evidentemente hay que hacer algo. No se la puede dejar así, ni pensarlo siquiera.

VICENTE

Tiene lindas manos, brazos muy blancos, muy delgados, y su cara no está lejos de recordar a los modelos de los grandes maestros italianos del Renacimiento.
Una belleza desaparecida.

FLORENCIA

Por qué habría que hacer algo, pregunto yo. Después de todo su presencia no causa ningún problema.

TOMÁS

Sí después de todo por qué encargarse de ella, que se las arregle, ella no puede aburrirnos como ostras, si ella quiere algo que lo pida.

(A la jovencita, acercándose a ella, hablándole muy fuerte como si fuera sorda.)

Hey, tú pides, si alguna vez tienes un problema, ¡no te molestes con nosotros!

Tomás se tiende sobre el sofá, mientras que los otros tres continúan observando a la jovencita.

JUANA

No sé, yo digo esto así, no sabemos quién es ella, de dónde viene, lo que quiere, no sabemos nada de ella, ¿no será realmente peligroso que se quede con nosotros?

VICENTE

No tiene mal aspecto, no debiera morder a nadie, Juana, tranquilízate.

Pero, en efecto, sería bueno saber qué viene a hacer aquí.

(Un tiempo, él intenta cruzar su mirada con la de la jovencita, que mira hacia otro lugar.)

Sin duda a ella la sorprendió la caída de la noche, la oscuridad. Hay que imaginarse que ella buscaba un refugio y que se perdió, y

debemos haber dejado la puerta abierta sin darnos cuenta. Algo así.

Hay que encargarse de ella y ayudarla a encontrar su camino. No es, después de todo, más que un alma extraviada. Una oveja perdida.

FLORENCIA

Yo. Lo adoro.

Nos acostamos, ella no está ahí. Nos levantamos, ella está ahí.

Genial.

¿Cuál es, es, la palabra para decir esto, cuál es la palabra para decir en qué asunto tan raro uno se encuentra, cómo se dice, se dice "igual perplejidad", no se dice "semejante incongruencia", cómo se dice?

TOMÁS

Se dice "semejante chiquero".

FLORENCIA

Se dice qué, se dice "semejante extrañeza"?

TOMÁS

Se dice "por favor Florencia, ¡cierra la boca!"

Él le lanza un cojín del sofá a la cara.

FLORENCIA

"Semejante absurdo", se dice "semejante absurdo".

TOMÁS

Se dice "es una mujer un ángel de hermosa mirada cruel."

FLORENCIA

Hace mucho tiempo que no veía "semejante absurdo".

Así se dice.

Ella se acerca a Tomás con el cojín y le asesta un violento golpe en la cabeza. Tomás coge otro cojín, pelean, riéndose, bromeando, pero la batalla toma un giro cada vez más serio, cada uno quiere vengarse más violentamente del golpe que acaba de recibir. Deben terminar pegándose fuerte. Vicente y Juana no les prestan atención, perdidos cada uno en sus pensamientos, sus miradas fijas en la jovencita, Vicente muy cerca de ella, Juana mucho más lejos.

Tomás tira un cojín hacia Florencia, no le llega, el cojín pega fuertemente a la jovencita. Ella no reacciona.

TOMÁS

Oh, perdón, lo siento mucho.

¿Me lo lanzas de vuelta?

(No hay ninguna reacción de la jovencita.)

Oye, te estoy hablando, fulana de tal,

¿me lo lanzas de vuelta?...

(Ella no reacciona, no se da vuelta hacia él.)

¡Hola! te estoy hablando..

(Él le lanza otro cojín, sigue sin haber ninguna reacción.)

Estoy soñando.

Esperen, voy a hacer un experimento, al menos, voy a intentar una cosa.

(Él se acerca a la jovencita, le mete un dedo en la oreja, ella se contenta con echarle una breve mirada, no parece comprender, se deja hacer, un poco en guardia.)

Es precisamente lo que pensaba.

VICENTE

¡Tomás!

TOMÁS

Espera, ya vas a ver, estoy haciendo un experimento,

Estoy probando una cosa.

(Él mete su dedo en uno de los orificios nasales de la jovencita, lo retira.)

Ah, sip, igual, ninguna reacción.

FLORENCIA

(Ella no puede evitar sonreír.)

Está bueno, Tomás, para.

Es un idiota. Este hombre es idiota. Amo a un hombre idiota.

TOMÁS

Espera, estoy verificando sus reflejos. Aún no la hemos examinado, ella podría estar herida.

Tomás hace sonar sus dedos a los costados de las orejas de la jovencita. Golpea las manos frente a sus ojos. Le pellizca las mejillas. Vicente empuja bruscamente a Tomás.

VICENTE

Gracias, Tomás, está bueno, creo que ya entendimos.

TOMÁS

Bueno, nos quedamos tranquilos, sin pánico.

Un tiempo.

Tomás recoge los cojines. Vuelve a su lugar en el sofá.

VICENTE

En todo caso,

no podemos decidir nada mientras no sepamos, quién es ella, cómo se las arregló para entrar, y por qué, exactamente, por qué, es aquí donde entró, no tiene ningún sentido pronunciarse acerca de sus suerte, mientras ignoremos todos esos elementos.

TOMÁS

Francamente, por mi parte, me da igual. Cómo se las arregló para estar aquí, qué es lo que viene a hacer aquí, personalmente, verdaderamente, me da lo mismo.

Y, les voy a decir, hagan como yo, que les dé lo mismo, porque, tengo como la impresión, mientras menos sepamos, mejor será.

Porque, se los juro, si ustedes reflexionan, aunque sea dos segundos si ustedes reflexionan, está todo perdido.

Soy yo el que la descubrió y, se los juro- fue incluso la primera cosa que hice-, verifiqué por todas partes, todo estaba cerrado con llave. Y eso, si uno lo piensa, aunque sea dos segundos si uno lo piensa, nos puede volver locos, es el tipo de cosa que los puede dejar completamente tarados,

así que más vale olvidar, más vale ni pensarlo.

No, la única auténtica pregunta va a ser saber qué hacemos, si ella... si ella no quiere irse.

JUANA

Me pregunto si no sería más prudente bajar al pueblo e ir a buscar a la policía.

FLORENCIA

¿La policía? estoy soñando, ella no hace nada y llamamos a los pacos.

Tomás se acerca a la jovencita y la examina de cerca.

Juana, desde un rincón, saca su teléfono celular, trata de llamar.

TOMÁS

De todas maneras, a mí, lo que me molesta, verdaderamente, lo que empieza a molestarme, es...

Tengo la impresión que ella nos falta al respeto.

No, pero realmente, una falta total de respeto, una enorme falta de respeto.

Mírenla. Una gran broma. Se parece a una gran broma, este cuento.

Una cámara escondida.

(Hablando más fuerte, como dirigiéndose a una presencia invisible.)

Si es una broma, está bien, ya entendimos, no es muy divertido, ¡pueden sacar las cámaras!

(Dirigiéndose de nuevo a los demás.)

O entonces, discúlpenme por insistir, está esperando que caiga la noche para degollarnos. Un hermoso truco.

JUANA

Sin cobertura. Falla de conexión.

Abandonados a nuestra suerte. Ningún medio para enviar una señal.

FLORENCIA

Pero es que ella había ido a hacerlo, en su rincón, a llamar a los pacos, fantástico, realmente, formidable.

JUANA

No hice más que un intento. Yo...

FLORENCIA

Tú querías llamar a los pacos, eso, alguien nos hace gentilmente una visita y tú llamas a los pacos.

JUANA

Sencillamente estaba haciendo un intento, eso es todo, por saber, si había señal desde aquí, pero, no, nada, ninguna forma de hacer un eventual llamado de socorro.

FLORENCIA

De socorro, estoy soñando, si la dejamos, nuestra Juana, ella alborota a los bomberos, a las compañías republicanas de seguridad, las brigadas especiales, al ministro del Interior.

Todo está bien, Juana, no pasa nada grave, simplemente nos hemos tropezado con alguien, eso es todo, no hay nada de qué preocuparse, ninguna razón para entrar en pánico,

más bien

aprovechemos a esta huésped incongruente, démosle una buena acogida.

A mí me parece más bien

genial.

Le vamos a hacer una cama en el sofá, le traeremos algo para comer.

Me parece más bien

entretenido.

Desde hace un momento la jovencita los escudriña, con una mirada penetrante, muy viva, casi agresiva.

un largo silencio. Todos miran a la jovencita. Quizás una sensación de ligero malestar en cada uno, que sólo Juana se atreve a confesar.

JUANA

Ella. Ella nos observa. Sus ojos.

Creo que no podría soportar por mucho tiempo esa mirada sobre mí.

VICENTE

Juana, no te hagas la idiota, realmente no es nada.

JUANA

Perdón. Pero.

Es así.

Escalofríos que me recorren la espina dorsal, me pone la carne de gallina. Nada más que su mirada, un abismo, una navaja que me pasa por los dientes.

No sé cómo decirlo. La miro y tengo la imagen de una hoja de afeitar que me acaricia los incisivos.

FLORENCIA

Gracias por esa imagen, Juana, realmente, es maravillosa. Si tienes otras que quieras compartir con nosotros, no dudes en hacerlo.

VICENTE

Escuchen, dejemos la puerta abierta, esperemos, Quizás ella se vaya sola, desde el momento en que esté sola y que pueda salir sin que la veamos, cuando haya caído la noche.

FLORENCIA

Hagamos eso, sí,
démosle algo de comer,
dejémosle una manta,
abramos la puerta,
y vayamos a acostarnos.

Tomás abre la puerta y se acerca a la jovencita.

TOMÁS

You understand?

La puerta *die Tür*

is opened

adeso tu puedes...

te viras de aquí

(Le hace el gesto con la mano.)

you understand te viras de aquí

ya

Puoi uscire se vuoi.

Go, you can go!
Creo que ella entendió.

JUANA
Entonces, vamos a acostarnos.

VICENTE
Esperemos todavía
hasta mañana.

2.2

La noche.

La habitación está sumida en la oscuridad. La puerta que da hacia el exterior está abierta y deja ver hacia afuera.

La jovencita sigue estando ahí, ella no se ha movido desde la escena anterior. Un plato, vacío, sucio, está colocado en el suelo junto a sus pies.

La jovencita se levanta y observa la habitación alrededor de ella.

Juana baja las escaleras. Ella avanza a tientas en la oscuridad, y va a encender una pequeña lámpara. Cuando la luz ilumina la pieza, Juana se sobresalta al ver a la jovencita que está de pie junto a ella y la mira con insistencia.

JUANA
Yo venía justo. Yo. Yo quería ver
si no le hace falta algo, y si usted,
como decirlo, no sé si, si tú entiendes. Yo.

Juana marca un silencio, mira intensamente y con temor a la jovencita e intenta de leer en su cara si ella le entiende. La jovencita, como es su costumbre, no deja transparentar nada, aunque no se puede deducir si ella ha comprendido las palabras de Juana o si todo se le escapa. Ella tiene un rostro en el que la idiotez da igualmente el cambio a la más viva inteligencia. Este cara a cara dura un cierto tiempo, durante el cual la sangre de Juana se hiela. Luego, Juana se vuelve en otra dirección. La jovencita la sigue mirando fijamente. Juana empieza a hablarle, sin mirarla.

JUANA
Por favor. No me mires de esa forma.
Son puñales, tus ojos. Flechas que me pasan a través del cuerpo. Y sangro, herida estupefacta inmóvil, sangro, sin comprender nada de lo que me pasa.
(*Ella se acerca a la puerta abierta y mira hacia afuera, un corto silencio.*)
Y tus ojos bastan para aterrorizarme. Porque me dan la impresión de una inspección severa e implacable, que no deja nada pasar, nada rezagado. Un radar.
Es atroz, esta sensación de estar desnuda y de morir por esta desnudez, como de una humillación.
(*Ella se da vuelta, echa una mirada a la jovencita que mantiene su mirada fija en Juana, luego retoma su pose en el marco de la puerta, escrutando la noche.*)
Somos sin duda especies adversas. Somos de viejas familias enemigas. Nuestros ancestros ya se desafiaban con la mirada. Nosotros lo sentimos.

O entonces. O entonces, no, nosotros somos de la misma sangre. Somos hermanas, lejanas, exiliadas, separadas al nacer, somos gemelas e ignorábamos la existencia de la una y la otra, y es el descubrir repentinamente a su doble lo que nos exaspera, nos perturba, lo que nos mata.

Invento cualquier cosa, no sé, busco explicar esta mano que me tomó de la garganta la primera vez que te vi, sin razón. Este temor.

¿De qué? De nada. Casi nada.

Te miro y tengo miedo.

Cierro los ojos y si me imagino que no hay nadie, todo está bien,

Pero sé que estás ahí, y tengo miedo.

(Ella emite una pequeña risa nerviosa.)

Es idiota, es tonto. Me estremezco y es un estremecimiento insoportable.

Un temor inexplicable sobre el que me gustaría volver, que deseo borrar, pero que no se va, que se niega a partir, tenaz fuerte indeleble. Un temor pánico.

Pero también, aquel que no lo tuviera no sería más que una apariencia de inquietud, aquel que no se sorprendiera nada con esta presencia, aquel que no perdiera la cabeza en semejante situación,

Es realmente, es, es que no tendría cabeza que perder, es que ya nada lo podría sorprender, que nada lo inquieta.

No quiero decir, pero, uno no puede quedarse como mármol frente a ti. No se puede no decir nada. No hacer nada.

(Ella se da vuelta hacia la jovencita a la que le hablaba sin mirar.)

Conozco esa cara. Conozco muy bien esos rasgos. Esa figura. Esos ojos.

¿De dónde vienes?

¿Por qué curioso azar viniste a parar aquí?

Vicente baja las escaleras a su vez.

Juana lo escucha, gira su cabeza hacia él.

VICENTE

Ella no se fue. Pero.

Ella comió. Es un principio.

JUANA

Ella también se puso de pie, ella me asustó cuando encendí la lámpara, como un fantasma, no pensé verla de pie, así. Sigo con los temblores que me provoca.

La jovencita sigue de pie, ella deja su mirada deambular por la habitación, por Juana, por Vicente.

VICENTE

Habrías preferido que ella desapareciera, bajaste con la secreta esperanza de ya no encontrarla, ¿no es cierto, Juana?

JUANA

En efecto, habría preferido, sí, porque

No puedo dormir, sabiendo que ella está aquí.

Es ridículo, pero no puedo, no estoy tranquila.

VICENTE

¿Pero por qué?, es absurdo, Juana, ¿por qué?

(Silencio. Juana no responde, ella mira a la jovencita que ha fijado su mirada desde hace algunos segundos en ella. Se miran fijamente, visiblemente la emoción de Juana es grande.)

Y tus ojos brillan, eso lo veo, tiemblas.

JUANA

No hagas preguntas, Vicente. No me pidas que te explique, por qué, tengo el corazón apretado ante esta extranjera.

Y los ojos que comienzan a brillar, por qué no tengo el alma tranquila, Vicente, por favor, no me hagas sollozar, tú no, ellos dirán

Que soy loca y tonta, completamente loca y completamente tonta, y seguramente ellos tendrán razón para hablar de mí de esa forma- no intentaré contradecirlos-,

Pero, tú, por favor, mi pequeño Vicente, no pienses eso de mí. Te lo pido, no me juzgues.

VICENTE

Juana, mi pequeña Juana, mi Princesa, suavemente, tranquilízate, no te juzgo, no digo nada, no sé ni siquiera de qué estás hablando.

JUANA

No es necesario que me quieras.

Simplemente, tienes que aceptarme como soy y no buscar comprenderme,

No puedo explicarlo, es así, es todo, es así. No hay que reírse de mí.

VICENTE

No me río.

JUANA

Bajo tu sonrisa, veo que intentas reprimir una risa.

VICENTE

Oh, no me río, Juana, qué te pasa,

Simplemente, discúlpame, me cuesta entender.

JUANA

Precisamente, Vicente, por favor, te pido,

no busques comprender, por favor,

quisiera que no hagas más preguntas,

y que no le hagas,

no le hagas preguntas a la pequeña Princesita,

tengo mis razones,

y sin duda ellas están desprovistas de razón, de toda razón válida,

y por lo tanto no puedo explicarte nada, nada explica

el miedo.

VICENTE

El miedo se define, al contrario, Juana, muy bien, el miedo tiene un origen y son sólo las angustias las que son infundadas, y lo que yo veo es, una crisis de angustia, y eso no me gusta, y es necesario que te calmes, ya que, créeme, es idiota preocuparse de esta manera.

JUANA

Es idiota, evidentemente, es idiota y yo soy una idiota. Una imbécil, evidentemente. Soy tonta, eso es todo.

VICENTE

No fue eso lo que dije, Juana, cálmate, de verdad. Lo que digo, es, simplemente, que estás haciendo una montaña de nada, y que no es normal hacerse tanto daño de esa forma, ves.

Mira.

(Él toma a Juana de los hombros e intenta posicionarla frente a la jovencita, muy cerca de ella. Juana resiste, la jovencita sigue con precisión este tejemaneje.)

Mira, Juana, ella no te va a hacer nada, no hay ninguna razón para tener miedo, date vuelta hacia ella, mírala, tócala si quieres, ella es inofensiva, tú no te vas a quedar en este estado.

JUANA

Déjame, Vicente, no quiero.

Ella se suelta de él.

VICENTE

Pero, Juana, es estúpido, ves, mira.

Él sigue queriendo acercarla a la jovencita.

JUANA

Te digo que me sueltes, no me toques.

VICENTE

Pero, es totalmente absurdo, Juana, escúchame.

Él la toma de los hombros, ella se suelta, ella está al borde de las lágrimas.

JUANA

No, no quiero, no quiero.

Déjame, te digo, sé que no hay ninguna razón para tener miedo, lo sé muy bien, yo, yo no dejo de repetírtelo.

No es ése el problema. El problema, es que, es así, eso es todo. No puedo hacer nada.

Silencio.

VICENTE

Muy bien. Entonces. No digo nada más. No hago nada más. Es así, es así.

Ahora. No queda más que eso.

Tener paciencia. Esperar al próximo episodio. Ver qué pasa.

(Él se acerca a la puerta, mira hacia fuera.)

Dejemos la puerta abierta, en la mañana sin duda- así lo esperamos- ella habrá desaparecido. O bien habrá que resolver que no fue al azar el hecho que ella se apareciera aquí, sino que ella absolutamente está aquí por su propia voluntad, y, con qué intención,

será lo que habrá que ver.

Y ahora, durmamos, y veremos mañana la magnitud del misterio.

Juana sube las escaleras. Vicente la observa mientras sube, va a seguirla, se detiene, mira a la jovencita que ha vuelto a sentarse en el suelo, se acerca a ella.

Él busca hacer una seña de simpatía o darle las buenas noches, él se molesta, es torpe.

Termina por acercarse mucho a ella y le hace un cariño en la cabeza, gesto del que luego parece arrepentirse, comprendiendo que le confiere a la jovencita un estatus de animal doméstico.

Ella no reacciona, parece no haber sentido nada, ni siquiera da vuelta su mirada hacia Vicente.

Vicente finalmente también sube las escaleras.

2.3

La mañana siguiente. Los cuatro en pijama o camisa de dormir, recién salidos de la cama.

La jovencita está sentada en el sofá, ligeramente molida, su cabeza descansa sobre el respaldo. Ella duerme. Ella no utilizó la manta que le dieron, y que permanece doblada a su lado. La bella durmiente. La bella abandonada, al sueño. Icono. Inmovilidad. Cuerpo suspendido. Luz cruda y triste. Mañana gris y enceguecedora a pesar de todo. Aliento retenido. Y repentinamente un grito. Tomás grita en el oído de la jovencita. Silencio. No pasa nada. Ella no se mueve.

TOMÁS

Quizás está muerta.

Intercambio de miradas. Lenta inquietud. Un soplo de muerte repentino y finalmente muy corto, ya que Tomás grita nuevamente en el oído de la jovencita, y, ella se despierta suavemente. Ella los observa.

Fragilidad al despertarse, una cosa pequeña, actitud temerosa, sentimiento de lástima inevitable, ternura.

TOMÁS

No sé, pero si en realidad fuera, ustedes se van a reír, si fuera una alucinación colectiva. Vean, tipo, ella no existe. Sólo en nuestras cabezas. Eso existe, son cosas que existen.

La habríamos inventado, tipo teníamos demasiado miedo de aburrirnos como ostras completamente solos mirándonos con ojos de bóvidos degenerados o de pescadilla frita, y por lo tanto nos dijimos, invitemos a alguien.

En nuestras cabezas, en esta casa, una visita.

Y por lo tanto, forzosamente, la podemos hacer desaparecer como queramos, ven, esto sólo depende de nosotros.

(Él la mira, silencio, hace sonar sus dedos como si quisiera hacerla desaparecer, no pasa nada.)

Dicho de otra manera, si ella se queda, es porque en el fondo, nosotros lo queremos así, nosotros lo buscamos. No hay duda. ¿No? ¿Estoy diciendo estupideces?

Silencio. Todos tienen la mirada fija en la jovencita sin decir nada.

VICENTE

Hay otra idea, que ella no está por nada. Quiero decir que si ella no se va, es porque forzosamente ella tiene una razón para quedarse aquí, una lógica. Es que no habrá llegado hasta aquí por azar. O que tampoco se queda por azar. Tal como nosotros mismos no estamos aquí por azar, pero bajo el efecto de una voluntad particular y con una intención precisa. Como cada uno de nosotros vino a encerrarse en esta casa lejos de todo lejos del mundo con una razón válida. Y nosotros ignoramos su razón tal como estoy seguro que ignoramos la razón para estar aquí de cada uno de nosotros. En cierto sentido, ella no es más problemática que ustedes y yo.

Nuevo silencio.

TOMÁS

Bueno, bien, saben qué, no vamos a pasar el día, hay una solución muy simple, completamente idiota, no sé por qué no se nos ocurrió antes...

(Él toma a la jovencita en brazos, la lleva al exterior bajo la mirada suspendida de los otros tres, él regresa sin la jovencita.)

Bueno, qué, nos vamos a estar agarrándonos la cabeza por horas y horas.

FLORENCIA

A mi me gustaría que nos divirtiéramos con todo esto, Tomás, me gustaría que esta situación fuera divertida, pero...

TOMÁS

Pero yo no me divierto, es que, tampoco la vamos a mantener aquí ciento siete años, no es la bella durmiente del bosque. Ella está bien, no tiene nada, bueno, ya, listo.

VICENTE

Tomás, no me parece que se pueda decir seriamente que ella está bien, creo que ella no reacciona, que no habla,

debe haber sufrido un shock, un shock emocional o físico- no sé es demasiado temprano para decirlo-, pero es evidente que ocurrió algo y que aquí es un refugio para ella, un abrigo. Ella tiene miedo, no se lee otra cosa en su cara, ella tiene miedo de algo, es evidente. Quizás ella escapó de un accidente, no lo sé.

TOMÁS

OK, de acuerdo, puede ser, muy bien, pero.

Al mismo tiempo, francamente, que ella esté aquí o justo ahí afuera, delante de la puerta, ¿qué cambia? ¿Qué es lo que cambia? Algunos metros, eso no cambia nada.

Al menos afuera no se llenará de polvo.

Quizás incluso se la lleve una ráfaga de viento, una borrasca, y hop, ya no sabremos más. *Goodbye lonely girl*. Devuelta al remitente. Buen desembarazo.

VICENTE

Eso no me hace reír, Tomás.

TOMÁS

Pero, puta, yo no me río, no van hacer que me aburra como ostra con esto, yo no me río, ¿tú me ves riendo, ah, acaso me estás viendo reír? ¿Acaso me estoy riendo, ahora? ¿Me estoy riendo, ah? ¿Me estoy riendo? No, bueno, entonces, no empiecen a hincharme las bolas con esto.

FLORENCIA

Nos calmamos, Tomás, dejamos de jugar cinco minutos. Cinco minutos, ¿es posible, dejar de jugar, cinco minutos, Tomás? ¿Pausa?

Un tiempo. Tomás mira intensamente a los otros tres.

TOMÁS

Ustedes decidieron ponerse contra mí, es eso, ¿se pusieron todos de acuerdo?

VICENTE

Tomás puedes dejar de llevarlo todo a ti.

Dejar de ser el centro del mundo, Tomás, ¿es posible?

Te decimos simplemente que dejes de portarte como un imbécil. Tal cual, simplemente si pudieras

parar dos segundos tus imbecilidades, por favor, Tomás.

TOMÁS

Bueno, bueno, si es así

Les traigo de vuelta su yunque,

su aparato de televisión

averiado...

(Él va a buscarla, la coloca sobre el sofá, la jovencita tiembla quizás, reacciona al menor ruido, al menor aumento en el volumen de las voces, muy frágil, ella parece

aterrorizada- menos por ellos cuatro que por un elemento exterior, que por el exterior mismo, el afuera.)

Yo pensé que hacía bien en desembarazarlos, pensaba haberles hecho un servicio, así aprenderé.

Si no se quieren deshacer de ella, si quieren conservarla, hagan un gran bien.

Un tiempo. Florencia tiene una risa nerviosa, que se incrementa, que no puede contener. Ella se ríe. Ella se calma, intenta hablar.

FLORENCIA

Discúlpeme es...

Esta situación es...

completamente...

(La risa enloquecida comienza de nuevo.)

Quiero decir, es...

Esto me parece genial...

Ella comienza de nuevo con más fuerza, su risa es contagiosa, Tomás comienza a reírse a su vez, Vicente comienza a sonreír, luego termina por divertirse igualmente, incluso Juana termina sonriendo...

Los ojos de la jovencita están llenos de una inmensa tristeza en la que nadie se fija.

EPISODIO 3

3.1

Plena tarde. Un lindo día. La habitación bañada de una luz viva.

Tomás y Juana, solos. La jovencita no está ahí.

Sobre el sofá, una manta, una sábana, y también una almohada, muestran su función suplementaria de cama.

JUANA

Este día es interminable. Uno creería que el tiempo se detuvo. Cada hora es un nuevo esfuerzo.

TOMÁS

Varios días han pasado. Y, lo que ocurre en esta casa se me escapa.

Tú tiembles.

JUANA

La falta de sueño. No pude pegar un ojo en la noche.

Me preocupa, Vicente me preocupa.

Está obstinado en descubrir un misterio en esta joven, un enigma.

Busca una explicación.

Todo el día está ahí, con ella, sus ojos fijos en ella, amarrados a descifrar la más mínima señal.

Cuando lo veo así, con ella, no puedo evitarlo, verdaderamente me dan ganas de gritar, pero, no grito, evidentemente, no, no grito, no grito, no digo nada, lo veo ocuparse de ella.

Él parece tan, atento, y otras veces tan febril tan triste. Como si adivinara algo, como si leyera en ella lo que no logramos descifrar. Como si comprendiera algo aterrador.

Entonces observo a Vicente,

que la observa,

ella,

por horas,

en silencio,

y

yo tiemblo.

TOMÁS

Al principio, lo reconozco, sí, me hizo más bien reír, este cuento, luego, rápidamente me aburrí, si ella quería quedarse que se quedara, qué puede importarnos, me decía a mí mismo

Hagamos como si

no fuera nada,

qué puede importarnos, que ella esté ahí o no, da lo mismo, quiero decir, es más o menos lo mismo, más o menos igual, es parecido, no se ve la diferencia.

Yo, para decirlo todo, no tenía incluso ninguna idea, que le concerniera, alguna convicción, opinión acerca de ella, me daba igual.

JUANA

Pero, esta noche, no pude evitarlo.

Esta noche, me desperté de un sobresalto, ella estaba ahí, agachada sobre mí, mirándome dormir, grité.

Si supieras como grité, no recuerdo jamás haber dado un grito tan largo. Y ahora me río, pero mi corazón se congeló, pensé que me moría.

Y cuando hube cesado mi grito, ella se había arrancado, y se había refugiado más lejos, en una esquina de la habitación, me calmé.

Vicente estaba delante de mí, él había acudido, al escucharme gritar.

Pero lo que me dijo, fue eso lo que me hizo sentir que me moría.

Me dijo que había tenido un insomnio, que había simplemente salido afuera a fumar, luego que había acudido, al escucharme gritar,

Pero

Que él no había visto nada, a nadie, a nadie en la pieza, a nadie saliendo, que él me había visto gritar frente al vacío. Es decir que para él, ella no me había venido a mirar mientras dormía, entiendes, para él ella nunca se había levantado del sofá sobre el que ella dormía.

Para él, yo había sólo soñado.

Él mentía.

Yo sé que él mentía, Que mintió.

Ella me observaba en silencio. Ella no decía nada.

¿Por qué me mintió?

TOMÁS

Ahora es necesario admitirlo.

Ahora todo comienza a tomar proporciones inesperadas.

JUANA

Y esta mañana, no sé, hubo este pensamiento atroz, atroz pensamiento, me dije a mí misma,

es él el que organizó esto, quiero decir, que abrió la puerta de la pieza y que la instaló, a ella, delante de la cama,

que la colocó ahí, sí, para asustarme, con esta mala intención de aterrorizarme, como un niño malo,

o bien para probarme que ella es inofensiva, que ella verdaderamente no me hará nada.

TOMÁS

Lo que pasa en esta casa se vuelve fascinante. Nuestra huésped se convirtió en el objeto de todos los cuidados.

Cada uno de nuestros días se organiza alrededor de ella. Todo gira en torno a su persona. Todo es en función de su estado.

No se puede hacer nada que no se resienta como una ofensa contra ella. El más mínimo gesto es un escándalo, la más mínima palabra un crimen.

Todo se complica. Todo se agrava por nada.

JUANA

Tomás, ella no debe quedarse aquí.

TOMÁS

Lo sé bien, sí, lo sé, evidentemente.

No será que, por la simple razón que,

qué quieres que hagamos con ella,

ella no tiene nada que hacer

aquí.

3.2

La puerta del exterior se abre. Florencia entra, seguida de Vicente, que trae a la jovencita en brazos.

Vicente la coloca en el sofá. Ella se deja transportar, sin oponerse a ese transporte, dejando que lo hagan, pero, pero ya sin parecer consentir, en todo caso sin acoger este suceso como una cosa que ella hubiera esperado, como un reclamo.

Florencia trae un vaso de agua y algunas frutas que ella coloca cerca de la jovencita.

Durante ese tiempo, Vicente dobla la sábana y la manta.

TOMÁS

Se está haciendo completamente improbable, lo que sucede aquí, nadie entiende bien creo yo pero se está poniendo realmente chiflado, hay que darse cuenta.

Hace ocho días que no digo nada, yo observo, no hago comentarios desagradables, nada, pero hay que ver, lo que pasa, aquí.

Pérdida generalizada de las capacidades de juicio. Fascinaciones idiotas por clandestinas retardadas.

Anorexia mental, sí.

FLORENCIA

Ocuparse de alguien, sí, sin duda una cosa que te es totalmente extranjera, Tomás.

Perder tu tiempo por otro.

TOMÁS

Yo puedo saber lo que ustedes han hecho con ella, por qué se fueron así sin decir nada,

con ella, así, los dos juntos. Todo este misterio.

VICENTE

Yo quería simplemente intentar una cosa, Tomás, hacer una prueba, exponerla

Afuera,

yo esperaba una reacción.

TOMÁS

Súper-inteligente. Genial.

Eso debe haber claramente transformado la situación. Me imagino muy bien que plantándola al medio de las vacas, ella reencontró al momento el uso de la palabra.

VICENTE

Ella no hizo más que temblar. Ella parecía tener miedo

De algo. Cualquier cosa

la hacía sobresaltarse. Una quebradura de alas de estornino, la inclinación repentina de la hierba bajo el viento. La menor señal.

Yo pienso que ella sufrió un shock, un shock violento, que hay que cuidarla, que ella necesita mucha atención, recuperar la confianza.

No es un drama, no es un escándalo, no sé lo que les pasa, a los dos, pero, yo, encuentro que es algo elemental lo de hacer de modo que todo vaya mejor para ella, no pongan esa cara.

Ella debe haber perdido el conocimiento, quizás por una largo tiempo, un hoyo negro, todo se escapó, todo se descargó, ahora a ella le cuesta todavía encontrar todos sus referentes. Ella se extravió.

TOMÁS

No pero en serio dos segundos, jugamos a qué, por favor, no, de verdad, no estoy bromeando, ¿a qué estamos jugando?

(Silencio.)

Si ella está enferma, la mandamos al hospital. Terminado.

FLORENCIA

Aparentemente, ella no quiere irse. Por lo demás, no tengo la impresión tampoco que ella quiera quedarse especialmente. Ella no quiere nada. Ella está perdida, es todo, es así de simple. No es difícil de entender.

No me parece que sea grave. Ella simplemente necesita descanso, ella se va a ir. Una convalecencia. De todas maneras, no podemos transportarla hasta el próximo pueblo. Entonces, ella se queda aquí, ella está muy bien aquí, ella no hace ningún daño.

TOMÁS

Ustedes no se dan cuenta, eso es, creo que ustedes no se dan bien cuenta.

Ella no tiene aspecto de enferma, ella no tiene para nada el aspecto de estar perdida, ella no tiene aspecto de nada. Una ausencia infinita.

Absoluta transparencia.

Nada que hacer de nada, encefalograma plano, degenerado.

Se puede hacer una mesa de centro, o un perchero, tendedero, sillón amovible, animal doméstico, planta verde, repisas en madera de roble. A elección.

O bien. La enchufamos en 220, una ampollita en el culo, y nos hacemos un halógeno.

Genial.

¿No les parece genial?

FLORENCIA

Para Tomás, por favor.

Para.

No seas odioso.

TOMÁS

Pero ella no dice nada, miren, uno puede hacer lo que quiera, te digo, ella no dice nada.

Yo no sueño.

Miren, le puedo pegar aquí ahora, estoy seguro que ni pestañea.

Le da una violenta cachetada a la jovencita.

FLORENCIA

¡Tomás!

Aquello no parece conmover a la jovencita, que no reacciona. Ninguna mirada en Tomás. Peor esta ausencia de mirada no es tampoco una manera de señalar su desprecio. Parece más bien que ella lo ha olvidado inmediatamente. Que su memoria no sea de más que una par de segundos. Luego todo se borra.

TOMÁS

Lo que yo decía.

VICENTE

Bravo, Tomás, es, formidable, realmente, es de notable inteligencia.

FLORENCIA

Por favor, Tomás, danos en el gusto, apártate, aléjate.

TOMÁS

No, yo quiero ver.

Quiero ver si ella va a reaccionar, qué va a hacer.

(Le vuelve a pegar.)

Ella se lo guarda. Ella no dice nada. No se queja.

Esto no le hace

Nada.

FLORENCIA

¿Qué quieres que haga?

Cuando un imbécil te pega sin razón, ¿cómo quieres que responda a su imbecilidad?

TOMÁS

Quizás ella necesita otro shock para recobrar la consciencia.

VICENTE

Ahora, por favor, Tomás, no la toques más, ni siquiera te acerques a ella.

TOMÁS

Yo hago lo que quiero, ¿ella le pertenece a alguien? Soy yo el que la encontró primero, puedo decirlo, como uno dice de un objeto encontrado, si nadie la reclama, ella es mía, propiedad privada.

O entonces no es un

Objeto- discúlpenme por emplear nuevamente esa palabra pero verdaderamente no veo cuál emplear-,

y será necesario que ella nos demuestre lo contrario. Pruebas de apoyo.

Expresión de intenciones, de deseos, de voluntades.

Yo no sé, pero, algo.

Ahora, esta mascarada, basta.

VICENTE

(a la jovencita)

Aparentemente, hay alguien a quien le causas problemas.

TOMÁS

Sí, me causa un problema, sí.

No puedo soportar esto. Ustedes, quizás, muy bien, tanto mejor, pero yo no, no puedo soportar esto.

FLORENCIA

El verdadero problema, Tomás, es este, que esta joven te causa a ese punto un problema.

Como su simple presencia puede provocar un rechazo tan vivo, para mí es incomprensible, es extraño, más que extraño, dudoso, Tomás, absurdo.

Esta suerte de alergia.
Me parece, impensable, Tomás, el reaccionar así.

TOMÁS

Ustedes son completamente tarados. Yo estoy perfectamente cuerdo, discúlpeme. Ella no puede quedarse ahí, este estado, no sé, no es normal. Y el asunto no es que no sea normal- no digo que haya una norma, no estoy diciendo eso, no me hagan decir lo que no he dicho- se podría decir que ella ha venido aquí como para morir y, además del hecho que este no es el cementerio de los elefantes, no se puede soportar esto, yo no puedo soportar esto, que se deje morir.

VICENTE

Ella se come lo que le damos.

TOMÁS

Si no le diéramos nada, ella se quedaría ahí justo el tiempo para morir.

FLORENCIA

Podemos hacer eso sin problema, Tomás, excelente idea, no darle nada, esperar a tener el corazón puro.
Pero, ves tú, preferimos no esperar que ella muera para darle de comer.

TOMÁS

Fíjense, para morir, se requeriría que ella no estuviera muerta ya.

(Un tiempo.

La jovencita, acurrucada en el sofá está comiendo una manzana como un pequeño animal.)

Ella come, caga, duerme.

Jamás la expresión "minimum vital"
fue más apropiada.

VICENTE

Ella está enferma, Tomás. Lo repito. Ella no está bien.

TOMÁS

Ustedes creen que está enferma, entonces, ella está enferma.

Pero ella está muy bien, ustedes le dan lo mismo, ella es muy fuerte.

Un tiempo.

FLORENCIA

Ustedes saben bien lo que pienso. Ustedes ya se han reído varias veces a mis espaldas, yo los he visto. A mí, ella me da miedo.

Es como. Voy a ser ridícula, perdónenme. Es como. Una presencia maléfica para mí.

La jovencita echa una mirada muy rápida, en la que nadie se fija, a Juana, una mirada muy inteligente, una mirada llena de violencia, como dándole repentinamente la razón a Juana.

VICENTE

¡Juana!

Te ruego no seas

estúpida por favor.

Me avergüenzo, dios mío, me avergüenzo.

FLORENCIA

Yo adoro.

(Ella se ríe.)

Discúlpeme, no puedo evitarlo, me río, me parece genial, me río, yo, me río, no puedo evitarlo, exploto.

(Ella se ríe.)

Discúlpeme, pero, verdaderamente, me río, es idiota, pero, Juana, discúlpeme, es de escuchar esto, quiero decir, me parece extraordinario.

(Ella se ríe.)

No quiero herir a nadie, discúlpeme de nuevo, esto tiene que salir, no puedo hacerlo de otra forma, pero es terrible, no puedo retener esta risa, discúlpeme es una chifladura.

JUANA

Te puedes reír, Florencia, y me gustaría tanto reírme yo también contigo de mi tontera pero...

Es más fuerte que yo, no me deja tranquila saber que está aquí con nosotros, no me gusta eso.

Sé que puede parecer extraño y no les pido que me comprendan, yo misma cuando me miro desde afuera, como con sus ojos, no me comprendo.

Pero es, como decir, de nuevo van a pensar que estoy loca, no sabría explicarlo, es que tengo la impresión de que ella me devora, que ella me carcome.

FLORENCIA

Ella es extraordinaria, cuando quiere puede ser verdaderamente extraordinaria. La pregunta, es: ¿acaso improvisas o preparas tus respuestas con anticipación?

Porque ahí, realmente: “tengo la impresión de que ella me devora, que ella me carcome”, ahí verdaderamente no deja de ser. Ahí,

hay algo

fuerte, ¿no es cierto, Vicente?

Hay que ver lo que es, hay que escucharlo para creerlo. No, pero tomo notas, esto podría volver a servir. “tengo la impresión de que ella me devora, que ella me carcome”. No, me saco el sombrero, sinceramente, había que sacarlo.

JUANA

Es que... yo... yo no puedo evitar... yo... yo... yo la miro y...

FLORENCIA

Tú la miras y qué. Y nada, Juana, nada. Si pudieras por favor dejar de hacerte la guagua.

(Ella se dirige igualmente a Tomás.)

Si los dos pudieran dejar de hacer payasadas.

Si pudieras crecer un poco Juana y evitarnos tus pataletas, tus estados de ánimo.

Juana se va.

3.3 Un silencio. La jovencita termina de comer. Ella está acurrucada sobre el sofá, cerrado. Tiene aspecto de enferma, la cara sombría.

FLORENCIA

Lo que pasa, Tomás, es que,

tú eres como ella, la llorona, la criatura, tienes miedo, esta joven les da miedo... cuando no hay nada más frágil que ella, es por eso que pareciera que apenas puede resistir y permanecer con vida, cuando somos nosotros los que le damos miedo.

Ella vino aquí para buscar alivio, calma, descanso. Y todo en ella traiciona dolorosa dificultad de recobrar la paz, traiciona la necesidad de esta convalecencia. Como cuando uno ayuna para limpiarse el estómago, ella tiene la necesidad de todo poner en vigilia, en suspenso, todo. Por un momento. No decir nada más, no hacer nada más.

Para retomar

el gusto

a la vida. Ella debe haber vivido

una experiencia traumática. Ella tiene la necesidad de borrarlo todo.

Para comenzar de nuevo.

TOMÁS

Idioteces. Idioteces monumentales. Va ser necesario aprender a abrir bien los ojos.

Tomás los observa en silencio, y sale.

3.4 Un tiempo.

Vicente contempla a la jovencita en su actitud enfermiza.

Florencia le habla al mismo tiempo que se habla a sí misma.

FLORENCIA

Hace algunos días, una tarde, debe haber sido una tarde, ya no sé, me levanté tarde, el día ya estaba avanzado, y la habitación estaba bañada de una luz blanca. Nadie en la casa, ustedes no estaban, no sé dónde estaban. Sólo ella estaba ahí, siempre ahí, se podría decir que me esperaba. Me pareció entonces que ella era parte integrante de la casa. Que ella siempre había estado ahí. Que era su hogar desde hace mucho tiempo. Ella parecía tan, no sé como decirlo, cómoda aquí, no, no cómoda, pero, ella parecía nunca haber estado en otro lugar, era su casa, ella estaba como en su casa. Y fui yo la que se sintió extranjera, por un instante. Ya no sabía muy bien qué éramos la una para la otra, cuáles eran los lazos que nos unían, que relaciones existían entre nosotras. Por qué nos encontrábamos en el mismo espacio, la misma habitación, repentinamente,.

Me pregunté qué rol me correspondía interpretar con ella, y buscaba una compostura que no lograba encontrar y me sentí tonta y desolada, ella me miraba y yo buscaba algo que decir, y creí que todos ustedes se habían ido definitivamente, habiéndome abandonado con ella.

Entonces quise decirlo algo, quise que hubiera algo entre nosotras, pero las palabras se entrecrocaban yo tartamudeaba y me quedé ahí, largos minutos frente a ella, idiota, incapaz de decir algo. Tal como uno dice que se pone tonta con alguien, yo estaba frente a ella en la actitud más estúpida, como intimidada. Y se hubiera podido leer a través de mí como en un libro, tan desnuda me sentía repentinamente, y ridícula por estar desnuda, y desnuda por ser ridícula.

Por un momento, los roles estaban casi invertidos. Y no me habría sorprendido que ella se pusiera a hablar y que yo me quedara, yo, muda como una tumba, e inmóvil. Que intercambiáramos nuestras vidas.

Luego, resulta que me pregunto si no espera ella que alguien tome su lugar. Quiero decir, si no se trata de una especie de trampa o de sortilegio del que ella no se puede liberar salvo que alguien la reemplace.

Voy a terminar por creer en los cuentos de hadas.

Florencia avanza por la habitación, llega a apoyarse en el marco de la puerta exterior, mira hacia fuera.

Ella se balancea ligeramente contra el marco de la puerta, luego se inmoviliza.

Un tiempo.

FLORENCIA

Todo es tan...

Me siento tan...

Ella sale.

3.5 Vicente se queda solo con la jovencita. Él espera un momento, luego pasa suavemente su mano por el pelo de la jovencita, muy suavemente. Él espera una reacción, una respuesta. Nada, la jovencita, como de costumbre, sin ignorar lo que se le ha hecho, no se ofende, y no ofrece nada para ver como signo externo que pueda pasar por una respuesta o un comentario acerca de lo que le han hecho.

Vicente espera un poco, luego retoma su gesto, le acaricia suavemente el pelo a la jovencita, luego la mejilla, todo esto de forma bastante clínica, como si se tratara de un experimento, como si su gesto no estuviese dictado por ningún sentimiento sino que dependiera solamente de un dispositivo experimental. Él continúa, acaricia el rostro de la jovencita, muy suavemente, sus mejillas, sus labios. Luego le acaricia el cuello.

Al mismo tiempo, la turbación parece adueñarse de Vicente. Pareciera que no logra ocultar su turbación bajo el pretexto de un experimento que pretende hacer reaccionar a la jovencita.

Él continúa acariciándola suavemente, se acerca a ella aún más, coloca su cara contra la de ella, se abandona, pone los labios contra su cara, la besa. Vicente cubre lentamente y muy suavemente el rostro de la jovencita con besos. Se demora en sus labios, se podría creer por un breve instante que la jovencita se entrega a ese beso – y

quizás Vicente así lo cree- , pero no, Vicente se separa de ella como para verificar y constata la misma impasibilidad, la misma inercia.

Un tiempo. Los dos están inmóviles. Silencio.

Vicente se arranca bruscamente por la puerta que da al exterior.

La jovencita se queda sola.

Un tiempo.

Ella se pone de pie y contempla la habitación vacía.

EPISODIO 4

4.1 El comienzo del día. El amanecer. Muy poca luz todavía. La habitación bañada de una sombría luz azul.

Vicente está en el suelo, apoyado contra un muro, o contra el sofá, y tiene apretado contra él el cuerpo de la jovencita, que parece dormida, pero entreabre a veces los ojos.

No se sabe muy bien a qué está jugando. En todo caso, todo lleva a creer que ella escucha y comprende el discurso de Vicente.

VICENTE

Desde el principio, en mis sueños, tú me hablabas. Te me aparecías y me hablabas. Desde el primer día de tu llegada, desde el primer sueño.

Yo te veía en el sueño y no dejabas de hablarme, tenías cosas que decirme, discursos que darme. Y cada noche tú volvías y cada noche me hablabas más aún, y yo no podía detenerte, y yo estaba subyugado y al mismo tiempo tenía miedo. Y ti decías cosas indistintas, incoherentes y magníficas, tenías propósitos delirantes improbables luminosos como se pueden escuchar a veces en los sueños y, también, como tienen los oráculos- en mi sueño yo te tomaba por un oráculo.

Entonces me despertaba y no podía volver a dormirme, tenía miedo de volver a encontrarte en mi sueño, miedo de volver a escuchar tales palabras. Yo me levantaba y salía de la pieza y, sin saber qué hacer, te miraba dormir. Así comencé a compartir tus noches. Juana no sospechaba de nada, dormía en un sueño profundo y al que yo regresaba al amanecer.

Y todas las noches, desde entonces, todas las noches, no quise más que estar ahí y luchar contra el sueño y mirarte dormida, y vigilar tu respiración y escuchar tu aliento y sentir mi cuerpo adoptar el mismo ritmo respiratorio que el tuyo y fabricarme contigo un acuerdo pulmonar, y dejarme hipnotizar por esta imagen de ti y contener mi creciente turbación y abandonar todo deseo de explicación probable de tu presencia y preocuparme de estar hasta ese punto subyugado por ti, y sentir el alivio que tu me procuras y desear a todo precio develar el origen de este alivio y renunciar finalmente a comprender, y no desear que la extensión infinita de la noche y jamás cerrar un ojo, y sentirme habitante de la noche ciudadano nocturno, y sorprenderme- qué idiota- agradeciendo a esta casa por contenernos, y jugar a encerrar mis dedos en tu pelo, y cubrirte en la noche cuando me parecía que pasabas frío, y abandonarme al instante como jamás había creído que fuese posible abandonarse al instante, y matar el tiempo, y burlar el tedio.

Se agacha hacia delante para mirar a la jovencita, que tiene justo el tiempo de cerrar los ojos, para ofrecer la imagen de dormida a Vicente.

4.2 Una sombra aparece en el escalón de la puerta. Se queda ahí. Su silueta, la de una mujer, se recorta en el marco.

Ella está sin aliento, ha corrido sin duda, largo rato, afuera. Es Juana.

JUANA

Esto apesta. Desde hace varias semanas, un olor que se toma su tiempo para infiltrarlo todo, vicioso.

Esto apesta.

Un olor a muerte que desciende hasta tus tripas, que penetra insidiosamente.

Humedad solapada.

Esto apesta y esto apesta y esto apesta. Una verdadera infección.

Ella avanza en la pieza oscura. Busca algo con la mirada, a la jovencita sin duda. No ve bien, tropieza con el cuerpo de Vicente acostado junto a la jovencita. Ella hace un violento movimiento de retroceso, una bestia atemorizada. Vicente levanta la cabeza.

Un silencio.

Vicente se levanta un poco, se desprende del cuerpo de la jovencita, se pone de pie. Juana se mantiene a distancia, sigue cada uno de sus gestos con precisión.

VICENTE

Entonces, no te fuiste.

JUANA

Ves bien.

VICENTE

Veo que no te fuiste.

JUANA

Ves bien y no ves.

Porque desde hace varios días tu pasas y vuelves a pasar delante de mí, posando tu mirada en mí al pasar, pero al mismo tiempo yo podría no existir, tu mirada me atraviesa como al vidrio, tú podrías al mismo tiempo atravesarme sin darte cuenta. Tan así que en este momento, dudo que me veas tal como dudo que me escuches, contentándote con escucharme y desdoblado hábilmente tu oreja, y desdoblado hábilmente tu mirada.

La jovencita sigue sentada contra uno de los muros de la habitación o contra el sofá. Ella ya no duerme, ella mira. Una mirada de una fijeza violenta, ya liberada de toda pasividad. Ella está activamente en la inmovilidad.

VICENTE

Hace varios días que amenazas con irte.

Desde hace algunas semanas que estamos ahí.

Yo ya no te reconozco, no, Juana, ya no es tu cara,
mi Princesa.

JUANA

No hay que preguntarse quién es el
que me lo desgarró cada día más,
incapaz de hablarme y negándose a escucharme,
siempre en fuga delante de mí.

VICENTE

Estoy aquí, te hablo. Estoy aquí.

JUANA

Estás aquí y no estás aquí.

Me importa poco que estés ahí, físicamente, que tu cuerpo esté presente, Vicente, no
me importa nada, si estás a miles y miles de leguas de mí, inaccesible
si toda tu atención no está vuelta hacia mí, no estás ahí, Vicente, conmigo, nosotros no
estamos juntos.

VICENTE

No veo de qué hablas, Juana.

JUANA

Sabes muy bien de lo que hablo, Vicente. Y tú juegas al bribón si no reconoces que hay
un desorden que reina entre nosotros desde su llegada.

VICENTE

Ella no tiene nada que ver con esto, Juana, nuestros problemas, nuestros
cuestionamientos, nuestras indecisiones, que resurgen aquí- ¿y no es por eso que
vinimos? ¿para arreglarlas? Para aclararlas, la nitidez acerca de nuestra relación, sobre
los que nos une el uno al otro, Juana, los diferentes trazados que nos hacen volvernos
este inevitable destinatario el uno del otro- la ausencia de descendencia.

Acuérdate de lo que nos hemos dicho.

(Un tiempo.)

Ella no tiene nada que ver, Juana.

Todo esto está en tu cabeza. Y estaría de la misma forma, exactamente, si no hubiera
llegado nadie. Si nadie hubiera venido, las mismas dudas entre nosotros.

JUANA

No puedes decir, eso Vicente, tú que día tras día aquí te he visto volver a cerrarte y
convertirte en un extranjero para mí, un hombre desconocido.

Tú del que he aprendido a desconfiar aquí.

Durante largo tiempo nuestros cuerpos se reencontraban voluntariamente en la
noche, al azar del sueño o, alterando ese azar, con una premeditación inconfesada,
Luego no se reencontraron más, estableciendo sin decir una palabra una frontera que
cada uno se juró no atravesar, al mismo tiempo no esperando más que una cosa, que
fuera el otro que la atravesara,- era un desafío lanzado la cuerpo adverso, pero cómo
adivinarlo-,

luego hubo este período, cuán difícil de manobrar, durante el cual yo me despertaba y no te encontraba más, la cama estaba helada y sólo permanecías a través de la huella de tu cuerpo en el mullido de la almohada y las sábanas.

Y esa mañana, en el sueño ligero que precede el despertar, mientras que no pensaba que hubieras dormido ahí, que te creía abajo, todavía velándola, ella, todavía, sentí- es esto un sueño, creí por un instante que soñaba-, tu mano posándose sobre mi pecho, y ya no me atreví a respirar, y retenía la respiración, de miedo a que se resbalara y volviera a caer en la cama. Y me acordé de esa época en que tu mano era una prolongación de mí, era mi mano. Esta mañana, yo observaba esta mano, ella se había en adelante convertido en algo externo a mí. Ella le pertenecía a la habitación como el resto del mobiliario, ella le pertenecía al mundo. Ella había pasado hacia fuera.

(Ella posa su mirada sobre la jovencita.)

Y es por ella, esta distancia entre nosotros, Vicente, esta extrañeza nueva.

VICENTE

Ella está enferma frágil debilitada. Hay que ocuparse de ella. No hay más que ocuparse de ella. El tiempo que ella recupere.

(Él respira débilmente, se creería por un instante que no va a terminar la frase.)

El tiempo que ella recupere

las fuerzas y que ella vuelva a irse,

como un

pájaro con el ala herida.

aquí, es un refugio, en la montaña un lugar para descansar, recuperar las fuerzas. Es aquí donde uno viene a pegar los trozos de nuevo, reparar las fracturas.

JUANA

Eres tú el que está enfermo, pequeño Vicente, mírate, pasas los días y las noches solo con ella, ya no comes, ya no duermes. Estás tan pálido.

Y se puede con toda razón, viéndolos, preguntarse cuál de los dos es el enfermo, cuál de los dos es el cuidador. Quién vigilia a quién.

(Un tiempo.)

Yo maldigo esta casa. Yo maldigo estas vacaciones. Yo maldigo esta idea estúpida que tuve de encerrarnos aquí.

(Un tiempo.)

Ya no es soportable, Vicente. Ya no podemos seguir aquí juntos, con ella. Hay que irse de aquí, antes de volvernos locos, antes de ponernos

enfermos. Es necesario que alguien parta ya no es posible.

No puedo más. Yo...

VICENTE

Pero, tú te habías ido, Juana. Yo te vi irte de esta casa en la noche. Te vi escapar.

Pero regresaste. No te fuiste. Tú no te vas.

Silencio. Ella lo mira.

Ella sale afuera.

Vicente está con la jovencita. Ellos no se han movido desde la partida de Juana. ¿Cuánto tiempo se quedaron así? Quizás algunos segundos. Quizás varias horas. Tomás hace su entrada por el marco de la puerta.

Él entra en la habitación, no toma en cuenta a la jovencita, no tiene en cuenta tampoco a Vicente.

Después de un cierto tiempo, Vicente sale, como si obedeciera una extraña ley matemática o a una dinámica interna del espacio que les prohíbe estar a los tres juntos en ese lugar.

4.4

Tomás y la jovencita, solos, sin que la jovencita parezca existir para Tomás. Él no la ve. La jovencita, siempre a los pies del sofá o contra un muro, parece dormir, pero abre regularmente los ojos.

Tomás retoma su lugar en el marco de la puerta, bloqueando cualquier salida.

Florenci baja las escaleras, va a salir, ve que Tomás tapa la salida. Ella intenta deslizarse entre él y el marco de la puerta, no lo logra. Ella retrocede algunos pasos, manteniéndose de pie frente a Tomás, esperando que él haga alguna cosa.

Él termina por hablar.

TOMÁS

Dime algo.

Ella se queda callada.

TOMÁS

Dime algo.

Necesito una explicación.

Ella lo mira fijamente, no dice nada.

TOMÁS

Dime algo.

Si no yo te mato, si no te estrangulo.

Él se acerca lentamente a ella, coloca sus manos en el cuello de ella.

Largo silencio.

TOMÁS

Me pregunto si estás despierta, todavía no es de día, te siento moverte.

me gustaría escucharte decir: "Por tu mano sobre mi vientre" y tengo esta frase casi en los labios, un reclamo:

"Dime que te ponga la mano sobre el vientre", pero

yo no digo nada, no sé si estás despierta, me das la espalda, respiras fuerte.

Y espero, me vuelvo a dormir, pienso

en esa otra mañana, en la que tú me decías- no hace tanto tiempo atrás:

"Podríamos volver a comenzar, si tú quisieras, basta con vaciar nuestras cabezas".
Pero hoy esta mañana, a qué se debe, cuando vuelvo a abrir los ojos, cuando la luz de la mañana me enceguece,
es para escucharte decir, sin darte vuelta hacia mí, escucharte murmurar: "Para qué entonces volver a comenzar, nuestra pena es ya tan grande."

Un tiempo.

FLORENCIA

Nos conocemos bien, creo, podemos decir eso, dormimos juntos, compartimos el mismo sueño-

eso no es cualquier cosa-,

puedo decir que te conozco, a ti, como a nadie, quizás como a nadie.

Y cuando te observo dormir, cada vez, siempre, creo que me será dado el descubrirte verdaderamente, de comprenderte al fin, develar la verdad acerca de ti- cuando te miro después del amor, dormido, vulnerable.

Pero, el sueño vuelve aún más misteriosa tu cara, y es como un velo suplementario que no resuelve nada y confunde aún más las pistas,

entonces termino siempre por preguntarme,

¿quién es el que duerme a mi lado? ¿quién es este hombre a quien le confío mis noches? ¿puedo contar con él? ¿qué prueba tengo de que no me va a estrangular mientras duermo? Lo debo saber pero ¿por qué ya?

¿por qué ya puedo fiarme de él?

(Un tiempo. Luego, murmurando, como si ella lo pronunciara por primera vez.)

Para qué entonces volver a comenzar, nuestra pena es ya tan grande.

Ella sale.

4.5

Tomás deambula en la habitación.

La jovencita se encuentra en su camino,

él la empuja violentamente.

TOMÁS

Tú, ándate. Por favor, dame el gusto, un buen consejo, evita cruzarte en mi camino, por algún tiempo.

(La jovencita se pone de pie, mira a su alrededor, asustada.)

Veo que no me entiendes, que no ves con quién tienes que arreglártelas. Te digo que te vayas a la mierda, ves, creo que todo esto ha durado suficiente, está claro que no hay suficiente espacio para

todos aquí, entonces...

(Él la empuja o la lleva violentamente hasta afuera. Se queda solo algunos segundos. Suavemente, la jovencita regresa, vuelve a aparecer en el umbral de la puerta, ella tiembla entera, se cree que está a punto de llorar, o de quebrarse por que tiene un aspecto tan frágil.)

No sé quién eres. No sé qué tienes en la cabeza.

Y no quiero saberlo.

(Ella entra y se agacha en un rincón, se acurruca, como en su primera aparición.)

Un poco de biología. Imagina un instante que estos muros fueran transparentes, que esta pieza fuera una pecera, un acuario, un vivero, ese tipo de cosas. Imagina ahora, ojos, varios, inmensos, que nos examinarían, nos detallarían, no dejarían nada escapar. ¿Qué comentarios harían ellos de ti, estos observadores?

¿Qué podrían decir?

Que eres un parásito, que eres un animal microscópico que se suma a un ser viviente y que vive a través de él. Que vives con respecto a nosotros. Que creces con nuestro contacto y te nutres de nuestras acciones, de nuestros más mínimos desplazamientos, de todas las cosas por las cuales nosotros habitamos este lugar, y que bebes nuestras palabras, y que somos tu medio natural.

Yo, nunca me creí el cuento del accidente, el cuento de la enfermedad, todas esas leseras, esos cuentos de tener sueño. Conmigo, no te saldrás con la tuya.

Él se ha acercado a ella, lentamente, y repentinamente la golpea violentamente con una patada.

Un tiempo.

La vuelve a golpear.

Luego, otra vez.

Luego, se ensaña, ya no puede detenerse, la golpea hasta nunca acabar.

EPISODIO 5

5.1

La mañana. Una luz muy fuerte, muy viva, da cuenta de un sol brillante.

Sobre el sofá, el cuerpo de la jovencita está tendido, cubierto por una manta.

Ella respira muy débilmente.

Vicente, al pie del sofá, se quedó dormido.

Florencia está acurrucada en un rincón de la pieza, en la misma posición que cuando descubrieron a la jovencita.

Juana mira por la ventana a pesar de la claridad enceguecedora. Su atención parece atraída por algo que hay afuera.

Un largo tiempo.

Luego, de espaldas a los demás, Juana habla, débilmente.

JUANA

El tiempo tropieza. Las horas balbucean. Me agoto.

Las semanas pasaron tan rápido y a la vez tan lentamente, los días, ¿cuántos son en realidad,

los que pasamos de vacaciones en este lugar? Lo ignoro.

Los días, esta duración infinita que estiran,

Sin embargo tengo la impresión que no han pasado más que algunas horas, desde que estoy aquí- el tiempo de un chubasco.

Ustedes sienten, como este olor a muerte terminó por impregnarlo todo, incluso los muros y los muebles,

e incluso las fibras de los géneros de nuestras ropas. Lo reconcilia todo, nos integra al decorado.

Con él somos parte del mobiliario.

Ella se gira, contempla la habitación.

Luego, ella va suavemente a cerrar los postigos con el fin de bañar la pieza con una luz menos cruda, para oscurecerla.

FLORENCIA

Escuche gritos, luego vi a Tomás salir corriendo. Cuando entré, ella yacía ahí mitad muerta, expirando. Él la había golpeado al punto de dejarla sin aliento, ella buscaba el aire, ella ladraba. Un pequeño animal que moría en un rincón.

Uno podría haber pasado a su lado sin verla.

Llamé en la noche, grité. Llamé a Vicente y Juana.

Acudieron rápidamente.

Vicente no lloró. Vicente no dijo nada, uno hubiera creído que estaba esperando. La tomó en brazos y la acostó sobre el sofá.

Él la cuidó toda la noche. Toda la noche se quedó escuchando su respiración, cuantificando el aire que pasaba en cada respiración, temiendo el instante en que ya no escucharía más el silbido agudo de cada entrada y salida de sus bronquios.

Y ella era su niña moribunda, su mujer, su hermana o su madre, que veía partir. Y él cantaba suavemente algunas canciones idiotas o le dibujaba en la palma de la mano animales fantásticos o empapaba sus labios con la punta de un pañuelo humedecida en un poco de agua para que no se deshidratara o rezaba en voz baja para que no nos diéramos cuenta que rezaba o le soplabo suavemente en el cuello para refrescarla.

Me quedo ahí, soy cada uno de sus gestos, a la distancia, asisto al cuidado de un pequeño animal moribundo. Cuando un sentimiento turbio se confiesa en mí de querer ser esa a la que le soplan el cuello, ala que le dibujan animales maravillosos en la mano. Así los sanos envidian a veces a los enfermos. Y no puedo evitar verme, a mí, la agonizante, y esta mano inerte es mi mano, ese temblor de labios, el mío, esa respiración entrecortada, me sorprende adoptándola, respiro débilmente también, entonces no puedo evitar de proyectarme en ella,

entonces, la noche avanza, las sensaciones se empujan a medida que pasan las horas, entonces sueño y divago y me observo desde la esquina del ojo y me veo, ya no me puedo tener en pie- el cansancio, un vértigo-, y me caigo hacia atrás, y me veo caer hacia atrás, y me veo dar vueltas en su boca, dar vueltas en su cuerpo, y me disuelvo en ella, me veo tomo repentinamente su lugar, ¿dónde estoy yo?

Silencio.

Vicente se despierta, mira a su alrededor, comprende que se quedó dormido, verifica inmediatamente que la jovencita está aún con vida, se tranquiliza, se pone de pie, se estira, va a echar una mirada afuera desde la puerta.

VICENTE

Este calor enorme que aplasta cada gesto, ahoga cada sonido, elimina toda voluntad.

Esta luz ennegecedora.

Permanece ahí algunos segundos.

Inmovilidad.

Silencio.

5.2

*Están todavía ahí, fijos en su espera. Nos e sabe cuánto tiempo ha transcurrido:
¿algunos segundos? ¿Varios minutos?*

Luego la jovencita se despierta y se levanta despacio.

Vicente se da vuelta.

VICENTE

Ella se despierta.

Se levanta.

(Un tiempo.)

Tiene mejor aspecto.

Florencia se acerca a la jovencita, le acaricia la cabeza, la cara.

VICENTE

Habría que darle de beber.

Va a la cocina.

*Florencia se acerca entonces a un equipo de radio que está sobre un mesón o en el
suelo, busca una estación, se detiene en una canción. Una balada triste en inglés. Un
canción pop melancólica, una voz de mujer. Ella escucha.*

*La jovencita, los ojos medio cerrados, todavía dormida, todavía muy débil, abrigada
con la manta, mueve imperceptiblemente los labios.*

*Nadie se da cuenta. Florencia escucha la canción junto al equipo de radio. Juana sigue
mirando por la ventana.*

Vicente está en la cocina.

*Se diría que ella canta un play-back de la canción. Es apenas visible. O quizás murmura
algo, pero de lejos, en efecto, se diría que sus labios siguen la letra de la canción.*

Luego, sus labios se detienen.

*Vicente vuelve de la cocina con una botella de agua, un vaso. Le da de beber a la
jovencita.*

Florencia apaga la radio, mira hacia fuera.

Florencia sale.

Un tiempo.

La jovencita se levanta, débilmente, se dirige hacia la ventana y mira hacia fuera.

VICENTE

Ella se levantó, ella mira por la ventana.

Es la primera vez, creo, ella nunca lo había hecho, mirara hacia fuera.

(Se acerca a ella.)

¿Qué ves?

(Él mira por la ventana, adoptando la misma dirección de mirada que la jovencita.)

¿Qué estás mirando?

Vicente sale afuera.

Sola con ella, Juana se acerca a su vez a la jovencita, la mira muy dulcemente. La jovencita se gira hacia ella.

JUANA

Es que soy como tú, sabes, te comprendo tan bien, es por eso que tengo miedo, si supieras como te comprendo, si supieras como tuve miedo.

Juana pasa un brazo por la espalda de la jovencita y se acerca a ella y la abraza contra ella, un abrazo.

La jovencita se deja, no reacciona.

Ella coloca simplemente su mano sobre el hombro de Juana, muy despacio, cerrando los ojos.

Uno comprende entonces que ella buscaba de hecho un último apoyo en Juana. Uno comprende entonces que Juana acaba de enterrarle un cuchillo en el estómago. Un movimiento brusco del brazo de Juana, volviendo a dar un golpe, viene a confirmar el macabro enlace.

Juana vuelve a dar una o dos cuchilladas más violentas, luego se separa de la jovencita, que se desmorona, una mancha roja ensucia su ropa. Se descubre el cuchillo en la mano de Juana. Juana esconde rápido el cuchillo en el sofá.

Florencia y Vicente entran, ven a la jovencita tendida en el suelo, sin vida.

JUANA

Sin aliento.

Se dejó caer.

Se desmoronó.

Sin vida.

Los tres observan el cuerpo de la jovencita.

Inmóviles.

Silencio.

5.3

Un cierto tiempo transcurre. Luego. Tomás aparece en el umbral de la puerta. Sus ropas están rotas, sangra en diversos lugares, pero nada grave. Él avanza un poco en la pieza, sólo algunos pasos, descubre el cuerpo de la jovencita, y comprende.

TOMÁS

La golpeo ciegamente, en cada golpe espero que ella haga algo, ella no reacciona, la golpeo,

y por dios ¿porqué no grita? ¿Por qué se abandona de esta forma? ¿Por qué no salva su vida? Ella podría lanzarse sobre mí, morderme, arañarme, gritar, o al menos fundirse en lágrimas, lloriquear, gemir, se podría decir que me esperaba, y la golpeo esperando que algo salga, y golpeo contra esa boca abierta que no dice nada de donde no sale nada y que me aspira, ya no puedo mirarla y cierro los ojos y golpeo con los ojos cerrados para no ser aspirado por los hoyos negros de su cara que me aspiran y me dan vértigo, y soy yo el que grita y que se deshace en lágrimas con los ojos cerrados, yo el que quiere terminar con ella a toda costa, porque no es posible pienso

que ya no es posible y si ella no hace nada para salvar su pellejo es, que ella no tiene pellejo que salvar, no se puede vivir así, la boca abierta, los hoyos negros, y nada,

y luego me arranco, me escapo corriendo, tragado por la noche, que me recubre, tragado por el miedo, y yo,

yo me escapo y la cara de la jovencita me acompaña, me devora, me persigue, corre detrás de mí, lloro, delante de mí, me pena, su boca abierta, sus ojos,

me devoran, sus ojos abiertos, su boca, los hoyos negros por los que me devora y corro en la noche, y corro en su boca, corro en sus ojos y acelero más, desaparezco en ella, y el aire me falta, y mi cuerpo no puede seguir más, esta carrera desenfrenada, y dejo mi cuerpo tras de mí qué más da si no puede seguirme, no puedo esperarlo, arranco a toda velocidad, sin pensarlo dos veces, y me pierdo, ya no sé dónde pongo los pies, y me caigo varios metros, un precipicio, bajo rodando una pendiente abrupta, y mi cabeza y mi cuerpo se golpean contra las piedras y pierdo el conocimiento.

Cuando vuelvo a despertar, el sol está ya bastante alto, y estoy fastidiado de nuevo, por su fuerza, el calor es insoportable, y el sol hincha en mi cerebro, quema en mi boca y yo habría podido esperar a ser devorado, cubierto de sangre, las sombras giran sobre mi cabeza,

luego vuelvo a encontrar el camino hasta acá, y en el camino, el sol pega en mi caja craneal y el sol quisiera salir, mi cabeza es muy estrecha, y él se pelea y golpea y muerde, y el sol me devora la cabeza.

Todos han escuchado sin moverse, o no han escuchado y se han quedado inmóviles en sus pensamientos, en ellos, cerrados, no se sabe. Silencio.

5.4

Están ahí, en la misma posición que la escena anterior. No se sabe si esta escena sigue inmediatamente a la anterior o si se quedaron mucho tiempo en estas posiciones, fijos. Cada uno está en sus reflexiones. Cada uno parece hablarse a sí mismo y por lo tanto hablan juntos, como un coro.

TOMÁS

El interminable día bajo le sol de plomo.

FLORENCIA

El sol brillante. No se puede salir así.

JUANA

Todo el camino que tenemos que hacer
bajo este calor...

TOMÁS
Tenemos que esperar.

JUANA
...para partir.

VICENTE
Retenidos prisioneros de la luz del día.
Todavía hay que esperar...

FLORENCIA
Quedarse con ella...

VICENTE
...aquí.
Un poco.

FLORENCIA
...un poco más.

JUANA
Ese viejo astro asesino
que nos mantiene cautivos.
Esta casa que nos...

TOMÁS
Definitivamente...

JUANA
Esta casa que nos aprisiona.

TOMÁS
Definitivamente
estamos
condenados...

JUANA
Cuánto tiempo...

TOMÁS
...a quedarnos con ella.

JUANA
Cuánto tiempo más

soportar este cuerpo.

VICENTE

Nos iremos de aquí...

FLORENCIA

¿Cuántas horas?

VICENTE

...cuando caiga la noche.

JUANA

Temblando de frío...

TOMÁS

¿Cuántas horas?

JUANA

...bajo este sol fastidioso

FLORENCIA

Este calor que hay que soportar.

TOMÁS

Envueltos en la luz...

JUANA

Me estremezco. Me estremezco aún.

TOMÁS

...del día.

VICENTE

El calor asfixiante, hay que desnudarse

JUANA

Hay que economizar fuerzas para...

TOMÁS

Esperar un poco más.

JUANA

...partir apenas sea posible.

FLORENCIA

Hay que...

VICENTE

Desnudar la cabeza y desnudar los cuerpos.

FLORENCIA

...decidirse a abandonarla.

TOMÁS

Prepararse atrapar el instante y salir corriendo.

VICENTE

Desnudar desnudar y desnudar más.

Un silencio.

Cada uno perdido en sus pensamientos.

Se quedan ahí, esperan, todos alrededor del cuerpo.

Traducción: Constanza Brieba